

en ambos campos, no obstante que entre sitiados y sitiadores no había más que unos cuantos metros, y en algunos puntos sólo estaban separados por una pared, á esas horas, decimos, en que no se oían más ruidos que los diálogos á media voz, el acompasado andar de los centinelas y de los oficiales de vigilancia y el tropel de las diferentes escoltas de hombres armados que adentro y afuera de las trincheras recorrían la ciudad, á esa hora, decimos, apareció la luna en todo su esplendor en un cielo límpido, alumbrando las ruinas y los escombros de los edificios que ya no existían, los regueros de sangre que en el Carmen había corrido por las canales de las azoteas, y los muchos cadáveres que quedaban insepultos en las calles y sobre los parapetos.

El aspecto de la ciudad era de los más tristes y de los más patéticos, olía no sólo á pólvora sino á sangre, y tantas ruinas por todas partes amontonadas presentaban el espectáculo siniestro de un huracán, de un terremoto, de un cataclismo de la naturaleza que hubiera paseado por allí todas sus violencias y todos sus furores.

Los liberales habían gastado en el ataque de todo ese día, cuatro ó cinco mil proyectiles de cañón y cerca de medio millón de tiros de fusil, es decir, habían agotado sus municiones, y al día siguiente no podrían continuar el ataque sino al arma blanca, como en la época de los romanos.

Ya tenían la llave de la plaza en su poder, ya no les quedaba que hacer otra cosa más que arrollar pequeños obstáculos para conquistar la última victoria. Y era preciso conquistarla, porque Márquez, con ocho mil hombres de lo más florido del ejército conservador, estaba ya á unas cuantas leguas de Guadalajara. Dos jornadas á lo más, y

apresurándose un poco podría quizás llegar al día siguiente en la noche. ¡Qué conflicto! había que tomar la plaza á la madrugada y no había parque. Había también que salir al encuentro á Márquez, y no había parque tampoco. Una situación magnífica, una situación que se parecía tanto al triunfo, estaba á punto de convertirse en la más desastrosa de las derrotas. Todo eso quería decir que los sacrificios, que el robo de la conducta, que tantos buenos planes, que cuanto se había hecho en tres años, iba á convertirse en humo en unas cuantas horas.

—Pero ¡oh milagro de la Providencia! como habrían exclamado los conservadores si se han encontrado en el caso, á las once de la noche, cuando se estaba ya tratando de la retirada en el campo liberal, la plaza pide parlamento. . . . ¿Por qué pidió parlamento la plaza? Porque estaba en peor situación, porque no sólo había agotado sus municiones, sino porque los soldados estaban muertos de hambre, de sed y de fatiga, y ya no querían que continuara aquella lucha brutal y fratricida, sostenida ya solamente con el dinero del clero mexicano por parte de los que llevaban su bandera.

El parlamento se aceptó, se convino en que ambos beligerantes se retirarían á Oriente y Occidente. Castillo no cumplió aquel pacto, sino que se quedó en Guadalajara; pero en cambio todo el ejército liberal salió á encontrar á Márquez, lo cual no fué necesario, pues que las tropas que se habían quedado de reserva, y que habían venido replegándose paso á paso ayudadas por las guerrillas, bastaron para hacer que toda la fuerza del general reaccionario se desvaneciera como la bruma, quedándose en el campo donde se verificó la estampida, únicamente el material de guerra que fué de mucha consideración. Es decir, las fuer-

zas de Márquez se desbandaron luego que supieron que Guadalajara había secumbido y que el ejército liberal, compuesto de más de veinte mil hombres, se les echaba encima.

Conviene hacer presente que nuestro amigo Adrián Canales estuvo con su guerrilla pié á tierra en el ataque del Carmen que costó tanta sangre á los hijos de Jalisco, y luego fué de los primeros en lanzarse al encuentro de Márquez, sobre que iba sirviendo al ejército de guerrilla exploradora, habiendo tomado él y los suyos un cuantioso botín compuesto no sólo de armas y caballos, sino de carretelas, papeles, dinero y hasta concubinas, de las que no conducían escaso número los jefes y oficiales. Solamente seis de los coches iban ocupados por generalas.

En cambio los ciento cincuenta jefes y oficiales que se hicieron prisioneros en esta magnífica jornada, fueron puestos en libertad por orden del general González Ortega.

El general don Severo del Castillo, que había faltado á la capitulación quedándose en Guadalajara, no obstante que para evacuar la plaza recibió de los sitiadores los recursos necesarios, huyó de allí luego que supo que el ejército de Márquez había sido deshecho, corriendo por su lado la misma suerte, una vez que hasta sus principales jefes los generales Quintanilla y Montenegro se pusieron con sus fuerzas á disposición del vencedor.

Zaragoza, que seguía al frente del ejército liberal, ganó con aquellos dos hechos de armas más de sesenta piezas de artillería, bastantes municiones, mucho armamento y unos cinco mil hombres de tropa excelente.

Todo esto pasaba en los primeros días del mes de Noviembre de 1860, en cuyo mes también reunidos todos los obispos de la República con Miramón, acorda-

ron defender á todo trance, y costara lo que costara, la ciudad de México, jurando á la vez destruirla antes que dejarla ni por un momento en poder de los liberales.

Como una muestra de lo que podían hacer Miramón y los suyos, su edecan el general Márquez que en Guadalajara había sido terriblemente castigado porque se robó una conducta, fué á quien comisionó aquel Presidente para que se echara sobre los fondos de la convención inglesa que estaban en su legación, destruyéndose los sellos de las cajas fuertes por el oficial Antonio Jáuregui.

Los seiscientos sesenta mil pesos sacados de la legación inglesa, atentado inaudito que no justificaban ni las circunstancias cuando todos calificaban ya de insensatez la resistencia, produjeron desde luego una grito espantosa, y más tarde la intervención europea que costó tanto dinero, tantas vidas y tantas lágrimas!

En Guadalajara, entre tanto, pasaba un incidente muy curioso. Uraga, que se encontraba antes prisionero, quedó en libertad; pero no conforme con esto pidió y obtuvo del general Degollado una orden para que se le entregara el mando del ejército, y Zaragoza, que no reconocía ya autoridad en el ministro de la guerra, rehusó entregarlo, é hizo muy bien.

¿Por qué no se reconocía ya la autoridad de don Santos Degollado? Porque antes del asedio de aquella plaza había propuesto un avenimiento con la reacción que pareció vergonzoso á los liberales, y no sólo rechazaron el proyecto, sino que convinieron todos los que tenían las armas en la mano, excepto unos cuantos, en quitar á aquel su investidura.

Nunca fué tan inoportuno el pobre don Santitos, como lo llamaba Rojas, como en aquella vez en que el par-

tido liberal, es decir, Juárez, es decir, la Constitución, estaba ya triunfante ó por lo menos en vísperas de estarlo de un modo indudable.

Una vez allanadas las dificultades en Jalisco y establecido el nuevo gobierno, á la cabeza del que fué puesto el licenciado don Pedro Ogazón, el ejército liberal, á cuyo frente se puso ya el general González Ortega restablecido de la fiebre que sufrió, bastante peligrosa, y de cuya epidemia murieron casi tantos soldados como de las balas, marchó con banderas desplegadas y tambor batiente para la Capital. Dicho ejército se componía á la fecha, según algunos, de treinta mil hombres y más de ciento veinte piezas de artillería, no muy bien provistas de municiones. Lo que parecía mejor era la caballería, que constaba de unos dos mil rifleros del Norte y de otros dos mil lanceros de los demás Estados.

Como no podía ir tanta gente reunida, que hubiera agotado las escasas provisiones de los pueblos y haciendas del Interior, salieron por delante las divisiones que habían sido de retaguardia y ahora eran de vanguardia, esto es, las que mandaban Berriozábal y Doblado respectivamente. La primera llegó á Toluca, en donde fué sorprendida por Miramón, y la segunda llegó sin novedad á Guanajuato, en donde se le recibió con indecible entusiasmo.

En la sorpresa de Toluca fueron hechos prisioneros Degollado, Berriozábal y otra multitud de jefes y oficiales que se escaparon de ser fusilados, según lo publicó después don Leopardo Márquez, como llamaban entonces á don Leonardo del mismo apellido, debido á él únicamente.

¡Admirable cosa debió ser que un hombre tan cruel

se hubiera desentendido de las órdenes de Miramón, para no fusilar á los prisioneros y que hubiera esperado á que los diplomáticos se interesaran por ellos para resolverse á dejarlos con vida!

Lo que hubo de verdad, según parece, es que los conservadores en esa vez tuvieron miedo y vergüenza: miedo, porque ya los liberales estaban poderosos y podían ejercer terribles represalias. Vergüenza, porque era ya una indignidad, una cobardía, una vileza, una canallada en suma, fusilar á alguien cuando los liberales estaban mostrándose no sólo magnánimos y generosos con los prisioneros, sino en realidad fraternales, pues además de perdonarles la vida les daban recursos ó colocación bajo sus banderas cuando la pedían. Allí estaban Parra, Echeagaray, Quintanilla y otros que fueron recibidos con los brazos abiertos.

Los conservadores se reanimaron un poco con la victoria de Toluca y con el dinero de los ingleses, de tal modo que Miramón pudo aún organizar un ejército de ocho mil hombres con más de treinta bocas de fuego, con cuyos elementos salió de la Capital llevando el propósito de derrotar á González Ortega, y fué á detener su marcha triunfal en las lomas de Calpulalpam.

—Oye, Miguel, le dijo el ministro don Isidro Díaz, que era su principal consejero, cuando ya iban en camino, sería mejor defender la Capital mientras se organiza un ejército en Puebla que venga en nuestro auxilio. González Ortega tiene, según dicen, más de veinte mil hombres.

—No tiene ahora más que diez y seis mil, le contestó Miramón, y se componen de chusmas. Ya sabes que tengo buenos informes.

—Sí, los tienes buenos; pero de todas maneras tus tropas son muy inferiores á las del enemigo.

—Son inferiores en número, pero no en disciplina. Además, están mandadas por jefes como Márquez, Vélez, Negrete, Ayestarán y Cobos. Son estos generales para mí lo que fueron Ney y Muratt para Napoleón.

—Todos nuestros amigos de México, los mismos dignatarios de la iglesia, me manifestaron recelos por los resultados de esta campaña.

—Escríbeles ahora mismo diciéndoles que tengo seguridad, pero plena seguridad de que mañana á estas horas ya habré hecho morder el polvo á González Ortega y á sus veinte mil *chinacates* en caso de que lleguen á ese número, que precisamente, esto te lo digo á ti, es lo que quiero evitar, que lleguen ó pasen, una vez que todavía no se les incorporan más de diez mil hombres que vienen en camino por distintos rumbos. Derrotado el grueso del ejército, los demás se desbandarán como codornices.

—Te concedo la razón, Miguel, se ve que tienes genio militar.

Y don Isidro, desde ese instante, también creyó en el éxito.

Entre tanto los jefes liberales por su parte, resolvieron celebrar una junta de guerra.

—Viene Miramón, y quizás mañana estará á la vista de nuestro campo, dijo González Ortega, trae de ocho á nueve mil hombres de buena tropa, mandada por sus mejores generales y más de treinta piezas de artillería. Tenemos varios caminos, todos buenos: ó vamos á su encuentro y le presentamos batalla campal con muchas probabilidades de derrotarlo, ó nos retiramos para esperar las divisiones que vienen en marcha para envolverlo luego con todas

nuestras fuerzas y lo destruimos con plena seguridad, ó finalmente nos fraccionamos y vamos por diversos caminos á ocupar su retaguardia, y entonces hasta es fácil que pierda la plaza de México sin combatir.

—Debemos batirlo desde luego, opinó Valle.

—Sin duda alguna que tenemos magníficos elementos para librarle batalla campal, apoyó Zaragoza.

Y sin que hubiera más discusión, todos los demás generales repitieron:

—¡Batalla campal! ¡batalla campal!

—Pues tendremos batalla campal mañana, exclamó González Ortega entusiasmado: esto es precisamente lo que yo deseo.

Y á renglón seguido dictó sus disposiciones respecto de la colocación de las fuerzas, no sin oír el consejo del general Zaragoza que tenía la investidura de Cuartel Maestro y segundo en jefe.

Al amanecer se desocuparon los alojamientos que tenían los diferentes cuerpos de Jalisco, Zacatecas, San Luis, Guanajuato y Michoacán en las haciendas, y se situaron en las lomas de San Miguel Calpulalpam, dando el frente al rumbo que se sabía llevaba Miramón. Este apareció con sus columnas ya formadas á las seis de la mañana, las que hicieron alto, mientras él, como lo tenía de costumbre, hacía un rápido reconocimiento acompañado solamente de algunos oficiales de su Estado Mayor.

Volvió á su campamento satisfecho y dijo á Isidro Díaz:

—No tienen por cierto una posición formidable. Coje tu reloj y cuenta una hora desde que se dispare el primer cañonazo. En esa hora habré dado cuenta de ese ejército, si nuestra caballería cumple con su deber.

La mañana era fría, nebulosa y triste. El viento muy ténue que soplabá parecía oler á sangre. Los soldados de uno y otro bando que estaban en pié desde las tres de la mañana tenían los miembros helados, y apenas podían tener el fusil en las manos, faltos de tacto. Así es que Miramón no sólo juzgó necesario esperar una hora todavía para que el sol calentara un poco, sino que además mandó dar una ración de armada. Y cuando esto se hacía recorría las filas diciendo en voz alta de modo que lo oyera el mayor número:

—¡Son muchos, son más que nosotros, no importa, son chusmas indisciplinadas! Todo consiste en que les demos una buena carga y los derrotaremos.

Pero Miramón era solo para electrizar á su tropa, en tanto que los jefes liberales, entusiastas y además valientes, eran muchos más.

González Ortega, Zaragoza y Valle, también recorrían las filas y decían á sus soldados:

—¡Vamos á triunfar de esas tropas desmoralizadas! Si hemos deshecho á Márquez que llevaba un florido ejército, cómo no hemos de derrotar á esas tropas improvisadas recientemente? Todo consiste en esperar el ataque á pié firme, rechazarlos y después destruirlos. ¡Animo, valientes! Esta es la única victoria que necesitamos para entrar á la Capital.

A las ocho de la mañana se levantó una inmensa polvareda en el campo de Miramón. Era que las columnas se habían puesto en marcha. El primer cañonazo se disparó en el centro de la línea de combate de González Ortega. Isidro Díaz sacó su reloj para ver la hora: marcaba las ocho y cinco minutos.

Aquel cañonazo fué la señal de una serie de dispa-

ros que se hicieron en ambos campos, á la vez que se iban estrechando las distancias. Todas las lomas estaban erizadas de cañones que hacían llover fuego y plomo sobre las columnas reaccionarias: estas iban avanzando lentamente, tanto para dar lugar á que las baterías se emplazaran, como para que se pudiera observar cuál era el punto débil que debería sufrir la carga principal.

Miramón, con el corazón palpitante y sin despegarse el antejo de campaña, de pie en una pequeña eminencia desde donde todo se dominaba, veía con suma atención los fuegos del enemigo sin que nada los descubriera: el frente estaba sin embargo bien cubierto, sostenida la artillería con muy pocos cuerpos de infantería que estaban descansando sobre las armas y la mayor parte colocados pecho á tierra; los flancos sí se veían cubiertos con respetables trozos de caballería.

Es verdad que la línea era extensa, pero bien sostenida, diferenciándose en esto de las otras batallas que le habían presentado los liberales, en que siempre le habían ofrecido lados vulnerables. Las lomas tenían suficientes cañones que se protegían mutuamente para cruzar sus fuegos en caso necesario, y continuaba la línea compacta en los claros con cuerpos de infantería, en orden estendido de modo que con facilidad podían replegarse y formar columnas de ataque.

Las reservas estaban formadas en orden cerrado por brigadas y pecho á tierra, como hemos dicho, viéndose sólo á vanguardia las líneas de tiradores.

—Se conoce que hay allí un militar entendido, murmuró Miramón.

Y en el mismo momento pudo observar con su ojo perspicaz, que el flanco izquierdo se encontraba débil, tan-

to porque la artillería tenía poco alcance, como porque los soldados hicieron un movimiento desordenadamente.

—¡Allí está la victoria! exclamó.

Y montando á caballo se lanzó él mismo seguido de su Estado Mayor en busca de Márquez, al cual dijo luego que lo alcanzó:

—Al flanco izquierdo, general Márquez, al flanco izquierdo.

Ya Márquez había tenido la misma idea y mandado dar el ataque al flanco izquierdo del enemigo, el cual fué casi instantáneo y terrible. Las fuerzas de Michoacán que sostenían el punto no pudieron resistir el choque, y se pusieron en fuga; pero fueron reemplazadas con una rapidez extraordinaria por la brigada de Jalisco que restableció la línea de combate, y no sólo rechazó á Márquez, sino que hizo prisionero al 6° Batallón de línea que mandaba el general Negrete.

Zaragoza, que dirigía el combate como Cuartel Maestre, mandó que en el instante mismo cargaran los tres mil ginetes que ocupaban el flanco derecho, sobre el enemigo, con la seguridad de consumir su derrota; pero el general que los mandaba contestó que no era posible ejecutar la maniobra porque el terreno se encontraba obstruido por los magueyes. No han querido dar las historias el nombre de ese general, que al día siguiente fué dado de baja, con la nota de cobardía.

A pesar del descalabro de Miramón en el flanco izquierdo, en que fué rechazado con pérdidas, dejando un batallón prisionero, la batalla continuó encarnizada en toda la línea, perdiendo los liberales las lomas que ocupaban en el centro, que eran la llave de sus posiciones, siéndoles capturadas veinte piezas de artillería.

Era este el momento crítico.

Miramón echó mano de los mil caballos que mandaba su hermano don Joaquín para dar en su concepto la carga final. Ese jefe, que también era bizarro, se precipitó como una ola sobre los cuerpos que parecían huir en desorden, y cuando aquel había rebasado la línea, aquellos se recobraron, á la vez que se levantaban los cuerpos de reserva que estaban pecho á tierra, y la caballería reaccionaria se vió prisionera, á la vez que el jefe de un cuerpo dió un grito á la libertad y se pasó al enemigo. Los que pudieron salir de la emboscada volvieron grupas, emprendiendo una carrera desesperada que fué á desorganizar las columnas de los infantes.

La victoria en esos momentos hubiera sido completa para los liberales, tan completa, que hubieran quedado prisioneros Miramón y todos los suyos, si el jefe de la caballería que permanecía impassible en el flanco derecho hubiera obedecido la nueva orden que se le mandó para que cargara.

Alegó el mismo pretexto que antes para estarse quieto: ¡los magueyes!

Se tuvo que prescindir, pues, de esa caballería, y los infantes no sólo recobraron las posiciones y artillería perdidas, sino que tomaron todos cuantos trenes llevaba Miramón, pudiendo escapar éste apenas en un magnífico caballo dorado que era muy conocido de sus subalternos y que en esta vez sirvió para que fueran á rodearlo unos quinientos hombres como resto de todo su poderoso ejército.

Isidro Díaz, al echar á correr, miró su reloj que marcaba las once.

En tres horas se había perdido todo.